

TOBIE NATHAN

ESE PAÍS
AL QUE TE
PARECES

Traducción
Rosa Alapont



MAEVA

«Contigo... Contigo... El mundo es tan bello contigo...
Me aceptes o me rechaces..., cualquiera que sea la ciudad,
cualquiera que sea el país, dondequiera que vayas,
iré contigo...
Contigo... Contigo... El mundo es tan bello contigo...»

Wayak, Farid el Atrash

«Ven, amado mío,
ven, reúnete conmigo,
mírame, mira el efecto de tu ausencia,
cómo me veo reducida a dialogar con tu fantasma...»

Ya habibi taala, Asmahan;
letra de Farid el Atrash

«Huye, amado mío,
huye como la gacela,
como el tierno cervatillo
que brinca por la montaña de los aromas.»

El Cantar de los Cantares

1925

Haret el Yahud

Los egipcios son unos caníbales. Mirad bien un haba, observadla de cerca, veréis cómo se parece a un feto. Desde la Antigüedad, los egipcios son devoradores de habas, devoradores de fetos. Mi madre se llamaba Esther. Debió de comer gran cantidad de fetos antes de quedarse embarazada por fin...

Como todas las mañanas, Esther se había levantado antes de la salida del sol. Había preparado el café a la luz de una vela, un café negro, muy negro, en la *kanaka*, la pequeña cafetera de mango largo. Después procedió a servir el *ful medames*. Con la ayuda de un tenedor, chafó las habas cocidas tras verter un chorro de aceite de oliva y añadió trocitos de huevo duro. Acercó el rostro; olía bien esa mañana afortunada. No todos los días podían permitirse habas y huevos para desayunar. Por lo general se limitaban a una simple torta de pan y un cuenco de té casi translúcido. Sin embargo, la víspera había pasado por casa de su tía Maleka, que había insistido en que se las llevara. Esther se había negado, por supuesto... ¡Tampoco eran ningunos mendigos! Por orgullo, claro está, pero no solo por eso..., ¡también por cortesía! Uno no debía aceptar regalos a menos que se viera obligado a hacerlo. El otro tenía que metértelo en el bolsillo, fingir que se enfadaba, jurar que estaba en juego su honor, incluso su vida... «Por amor de Dios, debes coger estas habas; ¡debes hacerlo!» «¡Ni hablar! ¡No las necesitamos!» «¡Por encima de mi cadáver! No saldrás de mi casa sin ellas...» Solo entonces, tras varios intentos y varias negativas, uno aceptaba a regañadientes. Sofisticación de una cortesía que coloca al pródigo en posición de pedigüeño.

De resultas de tal regateo, había vuelto a casa con una cesta de habas secas, dátiles, café y pasta de albaricoques, golosina que aquí denominamos «el astro de Dios».

No se lo había confesado a Motty, su marido. Se habría puesto furioso, eso seguro. Tal vez habría salido dando un portazo. Ya lo había hecho alguna vez. Y ella tendría que haber ido en su busca a través de las callejuelas del Muski. Cuando salía solo, se volvía loca de preocupación. De manera que había guardado las provisiones con sigilo y esperado a que se durmiera para poner las habas en remojo, y las había cocido al rayar el alba.

Lo dispuso todo en una bandeja y fue a sentarse en el borde del lecho, a la espera de que los aromas de la comida penetraran en el sueño de su marido. Se mantenía muy quieta, con la mirada perdida en el vacío, rememorando la tristeza de la víspera. Por primera vez, Motty había permanecido silencioso toda la velada. Incluso había rodado una lágrima por su mejilla. Ella sabía por qué se preocupaba, y no era nada bueno. Una pareja solo debía su existencia a la alegría, estaba convencida de ello. Y cabe decir que, en los siete años que llevaban casados, les había correspondido su parte.

A sus veintiún años, Esther era toda una mujer. Los senos y las nalgas turgentes bajo el ligero vestido de cotonada, el cabello castaño con llamaradas rojas que le caía suelto sobre los hombros como a una amazona, el rostro franco, los labios lozanos y carnosos, y aquella manera de andar, como si sus pies flotasen varios centímetros por encima del suelo... ¡Ah, sin duda podía despertar el deseo de los hombres! Ahora bien, ella era ajena a eso, pues en lo relativo a los hombres, Esther solo pensaba en el suyo. En Haret el Yahud, «la callejuela de los judíos», nadie era feliz en su matrimonio. La gente se casaba por el mero hecho de que respiraba, caminaba, comía habas y cebollas y porque tocaba hacerlo. Ellos habían contraído matrimonio como todos los demás, pero habían obtenido el amor como premio, un don de Dios, sin la menor duda.

Por entonces ella tenía catorce años y él el doble. Eran primos, huelga decirlo, pero nunca habían jugado juntos, la

diferencia de edad era demasiado grande; ni siquiera habían hablado jamás. Él era guapo. Parecía inmenso con su galabiya inmaculada, pero era ciego desde la más tierna infancia... Con tres años había sufrido una infección mal curada, como ocurría con frecuencia. Sus ojos eran claros, demasiado claros, dos perlas descoloridas, y fijos. Ella era joven, una gacela; decían que estaba loca desde que, a la edad de cinco años, se cayó de una terraza de un segundo piso. Perdió el conocimiento. La creyeron muerta. Todo el callejón se arremolinó a su alrededor y, mientras la familia se lamentaba ante el cuerpecito inanimado, un perro —sin duda una perra, pero en aquel momento a nadie se le ocurrió comprobarlo— se acercó a lamerla. Transcurrieron varios minutos, la gente estaba estupefacta ante la visión del animal movido por la simpatía. Poco a poco, los dedos de la niña empezaron a temblar, primero la mano derecha, luego la izquierda. El pie derecho tuvo un espasmo. Entonces abrió un ojo y pronunció esta extraña frase: «¡Tiene fuerza!». ¿A qué se refería? Primero pensaron en el perro; lo buscaron, pero había desaparecido, ahuyentado por las piedras que le arrojaban los chiquillos.

—¡Es un milagro! —exclamó Nafussa, la madre de Esther—. «Tiene fuerza»... Es lo que ha dicho, ¿verdad? Hablaba de Dios, que ha venido a reanimarla cuando ya estaba muerta. ¿Acaso no decimos todos los días, en la oración: «Bendito seas, Dios nuestro, que haces revivir a los muertos»?

Las viejas asintieron. Dios había devuelto a la pequeña, que ya estaba de camino hacia el paraíso. No obstante, la tía Maleka, la envidiosa de ojos claros como el jade, se apresuró a proponer otra interpretación:

—«Tiene fuerza»... En efecto, eso es lo que ha dicho. Más bien creo que hablaba de un demonio..., y evidentemente lo ha nombrado en árabe: un *afrit*..., que se ha introducido en ella durante su ausencia. Cuando uno pierde el conocimiento, pierde asimismo al guardián que vigila en el umbral de su alma. ¿No habéis visto cómo ese perro se ha acercado a olfatearla y lamerla? ¡Ha reconocido a un semejante, ni más ni menos!

—Ni más ni menos... —repitió la madre, burlona—, ni más ni menos... ¡Oh, querida!

Desde aquel día, y a lo largo de casi un año, fue como si Esther se hubiera retirado del mundo. Sentada en la cama, no prestaba atención a nada, ya no aprendía nada, se pasaba las horas meciéndose, pronunciando de vez en cuando frases en una lengua incomprensible. Sin duda, el alma se le había escapado durante la caída... Preguntaron a Murad, el rabino, quien, habiendo frecuentado algún tiempo la Alianza Israelita Universal, se había atribuido la tarea de erradicar las viejas supersticiones de los mugrientos judíos del gueto.

—Tuvo una conmoción —había zanjado el rabino—, ¡eso es todo! Se trata de un traumatismo...

La palabra los había impresionado: «traumatismo», un término médico que parecía explicarlo todo y que repetían cada vez que el comportamiento de Esther los asustaba. «Chitón..., tiene un traumatismo.» Lo pronunciaban «traumatisemo».

—Dejadla en paz —había rezongado Murad en una siguiente visita—, dentro de unas semanas volverá a ser la de antes. El traumatismo es como una herida, una herida en el alma. Se requiere tiempo para que la cicatriz se consolide.

El rabino estaba en lo cierto: Esther acabó por salir de su letargo. Pero también se equivocaba; no fue el tiempo lo que la curó, sino la muerte de su madre, que actuó sobre ella como un nuevo traumatismo. A Sett Nafussa, la atolondrada, se la llevó en pocos días una fiebre tifoidea. (¡Pobrecilla! ¡Que Dios la arroje en su matriz!) Así pues, vieron a la chiquilla salir de su letargo, hacerse cargo de la organización de la casa, ocuparse de sus dos hermanos pequeños, prepararles la comida... Y hela ahí de nuevo tan dinámica como antes, revoloteando de una casa a otra, corriendo por las callejuelas. La familia se mofaba del rabino: «Un traumatisemo se la llevó, otro traumatisemo la ha devuelto. Como dicen en árabe: ¡el espanto cura del espanto!». Y él replicaba encogiéndose de hombros y farfullando para sus adentros: «¿Acaso no es Dios quien ha creado la ciencia? Entonces, ¿por qué os negáis a creer en ella?».

Si bien Esther había regresado definitivamente entre los humanos, se trajo consigo un extraño comportamiento tras su

excursión al país de los demonios. Decían de ella que estaba «del revés»; pretendían que el *afrit*, el diablo formado con el limo del Nilo que había entrado en ella durante su caída, le había dado la vuelta como a un calcetín listo para zurcir. En efecto, su conducta era opuesta a la que cabía esperar en una niña. Blasfemaba como un aguador, desgranando rosarios de palabras soeces, insultando a los adultos en la calle e incluso a los hombres de su familia. Solo se mostraba dulce con los animales —y no con todos!—, en especial con un gatito negro, un minino callejero, escuálido, de pelo ralo y mirada torva, al que ella era la única que se acercaba. De hecho, la tía Maleka, que se había convertido en su tutora tras la muerte de su madre, no cesaba de repetir: «¿Cómo vamos a casar a esta? Una guarrindonga sin educación y medio loca... ¡Tendrá que casarse con su gato!».

Cuando tuvo la primera menstruación, se produjo una nueva crisis. Perdió el conocimiento, y esta vez ningún perro vino a rescatarla del mundo de los muertos. Permaneció ajena a los humanos todo un día y toda una noche. Tan pronto como volvió en sí, se arrastró hasta el lecho y se quedó allí tendida durante un mes, sin poder hablar, ni comer, ni beber, ni siquiera hacer sus necesidades. Una vez más, la creyeron perdida. Llamaron a Murad, el rabino, a su cabecera. «¡Reza tus oraciones para alejar a los diablos!», exigían Maleka, Adina y Tofaha, las tres tías de Esther. Pero el otro se negaba. Qué rabino tan extraño, que no creía en las plegarias milagrosas. ¡Ellas desde luego que sí!... Bueno, no era tanto que creyeran en ellas como que les constaba que dichas plegarias contribuían a mantener el orden en el mundo. En cambio, se habría dicho que él pretendía destruirlo. Insistieron invocando la memoria del viejo rabino muerto de disentería, que tenía la mano bendita. Una mano que utilizaba para curar, pero que también nunca dejaba de deslizar por las nalgas de las muchachas.

—Entebi, el muy cochino, a quien Dios envuelva en su misericordia, habría confeccionado un amuleto...

—¡Sí! Y se lo habría prendido en la ropa...

—Justo en el pecho, en el lugar del corazón. ¡Él era un verdadero rabino!

Murad no quiso iniciar una discusión filosófica en presencia de la chiquilla, pero en fin... Pese a todo poseía unos conocimientos elementales, indiscutibles, tan evidentes, tan auténticos como la existencia de Dios. ¿Acaso aquellas supersticiosas campesinas ignoraban que la religión supone ante todo la lucha contra la idolatría? Pues precisamente eso era lo que le pedían que hiciera, ¡idolatría! Ahora bien, la idea contraria no tardó en pasar por su mente; después de todo, si un simple artificio era susceptible de aliviar el sufrimiento..., ¿por qué negarse a prestar ese servicio? Por lo demás, no le desagradaba la idea de poner a prueba lo que emanaba de él. ¿Tendría la capacidad para difundir la baraka? ¿Disponía de un ápice de fuerza divina, como el famoso Entebi, su predecesor? No era imposible. Su padre afirmaba que su familia descendía en línea directa de una gran cabalista. «¿Y bien...?», lo apremiaban las mujeres. Así pues, de mal grado pero en aras de la experimentación, acabó por apoyar su libro de oraciones en la frente de Esther al tiempo que farfullaba un salmo. Se trataba de uno de los más largos. Los minutos fueron pasando. Con los ojos cerrados y a media voz, Murad salmodiaba y seguía salmodiando. Se había retirado al interior de sí mismo. ¡Era algo digno de ver! Las tres hermanas colgadas de sus labios, tratando de adivinar las palabras que pronunciaba, y él de pie, serio como un sultán con su caftán negro. De pronto soltó un hipido, y luego un segundo. Y empezó a bostezar. No un breve bostezo sofocado, sino uno grande, inmenso, con la boca desmesuradamente abierta, acompañado de un jadeo. De repente, todos se sobresaltaron. Esther se había sentado con un solo movimiento. Sus tías exclamaron:

—¡Se acabó! Mirad, ¡está curada!

Si se había incorporado de aquel modo, eso significaba que él se había marchado. Se referían al demonio, por supuesto, al *afrit*. ¿Lo habría expulsado Murad con la fuerza de su plegaria? Es sabido que la baraka rezuma palabras sagradas, aun cuando el rabino que las pronuncia no sea consciente de ello. De manera que las miradas seguían clavadas en él, interrogantes, esperando una confirmación del pequeño milagro local. Murad se frotó los ojos, como si saliera de un sueño. Al

reparar en las mujeres que lo observaban, tomó conciencia de que estaba obligado a convertirse en un santo en breves instantes. Imaginó el número de veces que sería convocado a la cabecera de una u otra de aquellas mujeres. Le entró miedo.

—¿De qué sirve todo esto? —empezó.

Y ellas, con ojos como platos, como si se hallasen ante una aparición:

—¿Crees que no sirve de nada librar a una pobre chiquilla inocente de las garras de la muerte? Pero ¿qué clase de rabino estás hecho?

—¿Queréis saber lo que he visto? —replicó entonces Murad—, ¿de verdad queréis saberlo? Pues bien, os lo diré: sufre de la falta...

—¿La falta? —exclamaron las tías al unísono—. ¿Y eso qué significa? ¿La falta de qué? Pero si no le falta de nada...

—En su vientre lleva una especie de bestia, un animal voraz —repuso el rabino—. Cuando pongo la mano así, mirad... —Deslizó la mano bajo el camisón de Esther. Y las tres se acercaron—. La noto moverse bajo la piel, ahí, en el bajo vientre. —Apretó con la mano y Esther soltó un grito—. ¿Lo veis? Ese animal... ¡Ojo! No estoy diciendo que exista realmente, ¿eh? Ese animal tiene hambre...

—¿Y bien? —lo interrogaron con una sola voz—. ¿Y bien?

—La bestia... —empezó a explicar el rabino—. No se trata de un animal real, ¿de acuerdo? La bestia se alimenta de esa sustancia a medio camino entre la sangre y la leche..., mitad y mitad...

—Pero ¿de qué está hablando? —Se enfadó la tía Maleka—. ¡A fe mía que la plegaria lo ha vuelto loco!... Este es un chalado de armas tomar.

—Escuchadme, escuchadme bien...

Y, por una vez, logró el silencio.

—Esa sustancia compuesta de sangre y leche es la misma que los hombres llevan en su cuerpo. ¿Lo entendéis? La gota de la vida... Es de eso de lo que se alimenta la bestia.

—¡Ah, ya lo entiendo! —exclamó el tío Élie, hasta entonces silencioso en su sillón—. ¡Lo entiendo! La gota de la vida..., ¡la que llevamos en los huevos!

—En los huevos... Pero bueno... —masculló la tía Maleka—. Desde luego, él no la lleva en la sesera.

—¿Y bien? —volvieron a preguntar las otras dos tías.

—Pues bien —zanjó finalmente el rabino—, el hecho es que... ¡hay que casarla! De ese modo, la bestia obtendrá su pitanza cotidiana y dejará en paz a la pobre niña.

Hermosa teoría, en verdad, que ponía en escena el equilibrio del mundo. La bestia, un ser que no existía, se instalaba en la mujer, que sin duda existía, en el seno de su matriz, a la espera de su alimento, el espermatozoide del marido. La bestia constituía, pues, la condición de la alianza entre el hombre y la mujer, o bien cabía pensar que la alianza de los humanos no era sino la parte visible de la comida de la bestia. Pero, en fin, casar a Esther... ¿Estaba de broma o qué? ¿Y con quién iban a casarla? ¿Quién iba a querer a una retrasada?

Cuando Mordechai Zohar, su primo por parte de padre, al que llamaban Motty, se enteró de la recomendación del rabino, hizo partícipe de sus intenciones al tío Élie. Había pensado sobre ello largo y tendido. Planeaba pedir la mano de Esther. ¿En serio?... ¡Pues sí!

—¿Cómo sabes que es hermosa? —le preguntó el anciano—. Nunca la has visto. Cuando perdiste la vista, que Dios nos proteja, ella aún no había nacido... No conoces su rostro.

Con mirada ausente, Motty aferró las manos del tío Élie, que oprimió y besó, para finalmente suplicarle:

—Dime, tío, es hermosa, ¿a que sí? Lo presiento. Lo sé. Cuando pasa por delante de mí, es como si destapasen un frasco de esencia de mirra. Y cuando me sirve de beber y rozo su brazo, experimento un calor que me invade el pecho.

Desbordado por la emoción, el anciano no supo qué responder. Ciertamente, Esther era trabajadora, honesta y entregada a su familia..., cualidades que harían de ella una buena esposa, pero... Llegado a ese punto, no osaba enunciar su opinión. Uno no debe irse de la lengua para decir una maldad... ¡No! ¡No debe! Las palabras impregnadas de hiel siempre acaban por revelarse como ciertas. ¿Iba a decirle que le faltaba algo, como si la razón hubiera escapado de su alma durante la caída?

¡O más bien no! Tenía algo de más... ¡Sí! Incluso a alguien de más. Eso era lo que pensaba el tío Élie: si Motty se casaba con Esther, tendría a dos personas en su lecho, a su esposa y al demonio que la acompañaba. Pero ¿cómo hacérselo entender?

—¿Conoces la historia de Tuvia? —le preguntó el tío Élie.

—¿Tuvia...? ¿Quieres decir... como en el libro de Tuvia?

—¡Sí! Tuvia, el hijo del ciego; Tuvia y su prima Sara, que estaba poseída por un demonio...

Motty se sabía las oraciones de memoria, desde la primera hasta la última línea. La ceguera le había aguzado los demás sentidos y, sobre todo, la memoria. Sabía recitar las tres plegarias diarias, pero también las de las fiestas, las que se rezaban por los muertos, en el cementerio, también las siete bendiciones del matrimonio, así como largos fragmentos de los salmos. Hasta tal punto que en la sinagoga Haim-Capucci, así llamada en honor de un cabalista del siglo xvii que había vivido en El Cairo, recurrían a él, el ciego, con frecuencia; era a él a quien solicitaban alguna precisión sobre un versículo, sobre una pronunciación, sobre el orden de las bendiciones. No obstante, si bien en las oraciones aparecen secciones enteras de la Torá, el libro de Tuvia no figura, ni siquiera una sola alusión; la Biblia siempre ha desconfiado de los demonios. Por supuesto, Motty conocía la historia, pero jamás había oído el texto exacto; lo recordaría. ¡Se acordaba de todo! Preguntó a su tío:

—También él, Tuvia, acabó por casarse con su prima, ¿no es cierto?

—En efecto —encareció Élie—, para satisfacción de todos, puesto que le estaba destinada. Ahora bien, ¿sabías que, cuando Tuvia se acercó a Sara, el demonio que la poseía ya había matado a siete pretendientes que se habían presentado sucesivamente antes que él? ¡A siete!... ¿Me oyes? La hermosa Sara, tan dulce, tan deseable, su hermana, su amor, constituía asimismo la puerta del infierno.

—Pues bien, eso a mí no me pasará. El demonio no desconfiará de un ciego.

Una oleada de emoción invadió de nuevo a Élie.

—¿Por qué crees eso, hijo mío?

—¿Acaso no dicen que el demonio utiliza la fuerza de aquel a quien posee? Si utiliza mis ojos, entonces con toda seguridad no me verá.

Élie reflexionó un momento en silencio. Motty le parecía sinceramente atraído por Esther. Y su opinión se tambaleó. Se dijo que, bien mirado, semejante matrimonio tampoco era tan mala idea: una medio loca y un ciego..., tal vez entre ambos compondrían una persona sana. Sin embargo, debían velar por que Motty no fuera destruido por el demonio, el *guenn*, como decían los eruditos, o el *afrit*, como lo llamaban en la callejuela... Cualquiera que sea su nombre, si existe, ¡que Dios lo destruya! Eso fue lo que se dijo.

Élie, el hombre más anciano de la familia, gozaba de influencia. Supo convencer a la tía de Esther. Una vez ganada para la causa Maleka, la lengua, el resto de la familia accedió sin porfiar demasiado. Cabe decir que de una tacada se libraban de dos problemas: la ceguera de Motty y la locura de Esther.

Pero, una semana antes de la ceremonia, Élie fue presa de remordimientos. Abordó a su sobrino para recomendarle que no se acercara a su esposa durante los tres primeros días siguientes a la boda.

—¿Qué quieres decir, tío?... ¿Que no me acerque a ella, que no duerma en la misma cama? ¿Es eso lo que quieres decir?

—¡Sí! No debes compartir el lecho con ella ni la primera, ni la segunda, ni siquiera la tercera noche. Como la desposarás el miércoles —que ellos llamaban el «cuarto día»—, debes esperar a la noche del sábado, mucho después de la puesta de sol, para juntarte con ella.

—¿Y ni siquiera debo permanecer en la misma habitación?

—Puedes estar en la misma habitación, pero siempre que otra persona se encuentre entre los dos.

—¿Y hablarle? ¿Podré hablarle, tío?

—Pero... ¿adónde quieres ir a parar con tantas preguntas? ¿Qué caray ibas a decirle? Te bastará con rogar a Dios que la esposa que te está destinada venga a ti con el alma en paz.

Motty quedó impresionado por las palabras de su tío. No las comprendía, pero no cesaban de dar vueltas en su cabeza.

Las repetía a quien quisiera oírlas, como para extraerles todo el significado: «Mi esposa se acercará a mí con el alma en paz».

Algunos se burlaban de él. «Creemos contraer matrimonio con una mujer y es con toda una familia con la que hemos de cargar. ¡Y podemos considerarnos afortunados si se trata de hijos de Adán!» Hijos de Adán es como se designa en árabe y en hebreo a los seres humanos, para distinguirlos de los otros, los hijos de las criaturas que uno teme nombrar..., ¡los demonios! Otros lo compadecían: «Pobre Motty, tropieza a cada paso y no puede ver las rodadas del camino...». En la callejuela de los judíos se hablaba a menudo mediante imágenes. Motty se sentía cada día más ansioso. Acudió otra vez a su tío con nuevas preguntas. Tenía tantas... La gente contaba que Esther estaba «acompañada»... Algunos incluso decían «habitada»; afirmaban que no era dueña de su cuerpo, ni siquiera de su voz. Así explicaban sus bruscos cambios de humor, sus accesos de cólera, sus ausencias, sus pérdidas de conocimiento. Era porque otra voluntad se expresaba en su interior, otra personalidad, colérica, vengativa, violenta en ocasiones. Pero ¿cómo entender eso? Esther tenía demasiado carácter para permitir que otro decidiera por ella, que hablase en su lugar. Él no sabía qué pensar. Motty era así, a un tiempo recto y profundo. La ceguera ponía freno a su imaginación; temía demasiado las ilusiones. Por eso lo que oía adquiriría valor de ley. Ignoraba que las personas hablan sobre todo para mentir y con frecuencia para herir.

El tío Élie lo agarró del hombro y se lo apretó afectuosamente.

—Yo me ocuparé —prometió—. Mañana iré en tu lugar al zoco de los perfumes en busca de inciensos. Tendrás que quemarlos durante tres días y tres noches en la estancia donde se hallará tu prometida. No deberá moverse de allí, ¿me oyes? Aunque proteste, ¿de acuerdo? Tendrá que bañarse en esos aromas, que la envolverán como el hiyab envuelve a las mujeres árabes.

—¿El incienso? ¿Te refieres al incienso?

—Sí, el incienso la cubrirá como un velo durante tres días y tres noches. La cuarta tarde, a la salida del *sabbat*, su tía la

conducirá de nuevo al baño ritual. Allí se purificará y luego te esperará en el lecho. Solo entonces podrás acercarte a ella.

Esto es lo que cantaban las mujeres la noche de la boda de Motty y Esther Zohar, una especie de poema que habían inventado para la ocasión:

«Él ha desposado a la huérfana, ella ha desposado al adivino. Él ha desposado a la huérfana, que se cruza con su padre en el camino de sus noches, sin verlo. Ella ha desposado al adivino, que no sabe ver el hoy porque vive ya en el mañana. A él le han dado a Esther como se entrega un perro a un ciego; a ella le han dado a Motty, que han posado sobre sus labios, como el nombre de Dios para librarla del mal. Ella hablaba de él, tenía su nombre en los labios. Él le cogía la mano, ella era la luz de sus ojos. Él ha desposado a la huérfana, ella ha desposado al adivino.»

Y la canción era certera: el nombre de Esther canturreaba en el corazón de Motty y el rostro de Motty brillaba en los ojos de Esther. Esa noche se cantó mucho en la callejuela, y bailaron y bebieron. Y esa noche los judíos, con el corazón entregado a la fiesta, olvidaron cerrar con llave la puerta del gueto. Pero esa noche no hubo trifulca con los árabes.

Siguiendo las recomendaciones de Élie, pese a que ya se había convertido en su marido, Motty no se acercó a Esther. El tercer día del ritual del incienso, volvió a confiarse a su tío. Hacía dos noches que no lograba conciliar el sueño. La primera noche Esther se había desplomado en el lecho, vestida con sus preciosas galas de novia, y de inmediato se había entregado al sueño. Él había permanecido en la entrada, cerca del brasero, y en cuanto los aromas perdían intensidad, arrojaba nuevos trozos de incienso. Ella había hablado en sueños.

—Eran gruñidos, querido tío, y también gritos y llanto...

—¿Gruñidos, gritos y llanto? ¿Y palabras también?

—Solo pude distinguir una palabra, que repitió decenas de veces. Y era «¡No!».

—¿Quieres decir que en su sueño repetía «No»?... ¿Simplemente «No»?

—¡Eso es!

—¿Y gritaba y gruñía?

—¡Y también lloraba! Gritaba «¡No!» y se debatía en el sueño.

—¿No te acercaste a ella?... Estás bien seguro, ¿eh?

—¡No, querido tío! Me quedé al otro lado de la puerta, tal como me aconsejaste. Traté de hablarle con dulzura, pero solo percibía furia.

Motty esperaba explicaciones, pero Élie no se las dio. Se limitó a recomendarle que se dirigiera a la sinagoga y animase el camino, es decir, que no dejara de dar limosna a todo mendigo con el que se cruzase. Y le prometió que iría a pasar la noche siguiente, la tercera, con él.

Por la noche, después de cenar, dispusieron la *tawla*, el juego del *backgammon*, se prepararon una tetera llena y se instalaron en la calle, a la entrada de la casa de la tía Maleka, donde dormía Esther. Élie no comprendía cómo Motty, el ciego, conseguía derrotarlo en este juego. Por supuesto, debía anunciarle el resultado de la mano en voz alta. Y lo hacía en kurdo, según la costumbre: «*Docha...*, “doble seis”; *dorgui*, “doble cuatro”; *chèche bèche*, “seis cinco”; *habyak*, “doble uno”...». Todas las veces Motty obtenía el mejor juego. Pero lo más extraordinario era que concebía perfectamente el tablero y la disposición de las fichas, y no vacilaba ni un instante en sus desplazamientos. Esa noche iba ganando partida tras partida, sin dejar ni una sola a su tío. Es más, conseguía conducir todas sus fichas al campo contrario antes de que Élie llevara una sola. Lo que le valía un doble punto: un «marzo».

—¡Marzo! —exclamaba riendo.

Y el otro venga a protestar:

—¡A ver, te he dejado ganar! Pero dime: ¿cómo puedes tener el juego en la cabeza de ese modo y conocer, sin verlas, las posiciones de todas las fichas?

—Veo las cifras —respondió Motty—. Las cifras son como gente...

«Gente» constituye una curiosa palabra en árabe, que significa «los humanos», pero también «los seres, los no humanos». En dicha lengua, en ocasiones la gente no es gente.

—Pero ¿qué estás diciendo?

Debía de ser medianoche. Élie sujetaba los dos pequeños dados de marfil entre el índice y el pulgar y se disponía a lanzarlos. Un profundo estertor que llegó desde la habitación donde dormía Esther interrumpió a los dos jugadores. El estertor se repitió. Se trataba de un jadeo grave, pavoroso, el gruñido de una bestia salvaje atrapada en una trampa y luchando por liberarse. Y a continuación, un rugido de cólera seguido de un grito casi humano, agudo y desgarrador.

—¡Está atrapado! —exclamó Élie—. Aléjate, ahora se dispone a salir.

—¿Cómo? ¿Qué dices? —titubeó Motty, que pese a todo se refugió en un recoveco del muro.

Y entonces se oyó un crujido, el estallido de una tabla de madera, el derrumbe de un armario o el estrépito de una mesa, o tal vez una silla; y después, nítidamente, un ruido de carrera y un jadeo. Un relámpago rasgó el cielo y desveló pares de ojos fluorescentes que aparecían aquí y allá. El ruido de trueno que siguió dejó petrificado a Élie, que se protegió el rostro con la mano. Y un viento terrible se adentró ululando en la callejuela. Motty recitó una plegaria. Expulsado de su silla por la violencia de la ráfaga, Élie rodó por el suelo. Repetía en árabe: «En el nombre de Dios, en el nombre de Dios, lleno de misericordia...». Sin darse cuenta de que los musulmanes comienzan así su oración. El viento sopló varios minutos más y, de manera casi igual de repentina, volvió la calma. En la callejuela se abrieron unos postigos. Se oyó a un hombre preguntar si necesitaban ayuda. Entonces apareció Esther en el umbral, con expresión soñolienta. Se sujetaba la cabeza con las manos. Lanzó una mirada alrededor, pero sus ojos parecían no ver nada, ni a su viejo tío ni a su joven marido. Volvió a la cama con paso de sonámbula. Motty se acercó a tuestas hasta reunirse con Élie, que seguía tendido en el suelo. Lo levantó con esfuerzo, pero el anciano había recibido un golpe en el muslo y no conseguía apoyarse en el pie izquierdo.

Eso fue lo que ocurrió durante la famosa noche del 21 de septiembre de 1918, en un callejón del gueto judío de El Cairo.

Al día siguiente, Motty fue al encuentro de su joven esposa, y el tío Élie se quedó cojo. Contaban que el anciano había recibido el golpe que el demonio reservaba al marido. En lo sucesivo, muchos recordarían los extraños hechos acaecidos aquella noche, la tormenta sin lluvia, la violencia sin autor, los gritos y los gruñidos sin animales. Y en las memorias de la comunidad judía de El Cairo, el gran rabino consignó, en escritura rasí, la que se reservaba para los comentarios esotéricos, que todo se hizo siguiendo las recomendaciones del libro de Tuvia antes de poner a la novia junto a su marido. Fue así como Esther, hija de Shmuel Zohar y de Salha Cohen, quedó liberada del ser que la atormentaba desde hacía años y se convirtió en la esposa de Mordechai Zohar, su primo hermano, con quien había contraído matrimonio el 18 de septiembre anterior.

Fue ese mismo 21 de septiembre de 1918 cuando el general Edmund Allenby libró en Palestina la batalla de Megido, que decidió la suerte de la Primera Guerra Mundial en Oriente, expulsando a los turcos de la región. En los días que siguieron, Élie recordaría con gravedad que es por la noche cuando se deciden los destinos, pues, como reza el Talmud, todo acontecimiento es hijo de la noche. Egipto se volvió cada vez más inglés y Motty se instaló con Esther en el entresuelo del colmado que su tío Élie poseía en Darb el Nasir, muy cerca de la sinagoga Haim-Capucci, así llamada en honor del cabalista que curaba las enfermedades con palabras sagradas y amuletos.

Motty se apresuró a hacerse cargo de sus responsabilidades. Convertido en cabeza de familia, tenía que ganarse la vida. Tal como había confiado a su tío la famosa noche del alboroto del demonio, las cifras eran gente a la que veía agitarse ante sus ojos. Les atribuía colores, olores, maneras de moverse, de acoplarse, de engendrar. El cero era un punto casi invisible, el extremo de una lanza, un sexo. Cero, que se dice *sefr* en árabe, de donde las lenguas romances sacaron el término «cifra», y el hebreo, *sefer*, que significa «el libro», era rojo y desprendía el mismo olor que la sangre. Cero era el demiurgo, el origen de todos los números, aquel por el que las cifras fueron capaces de conformar la estructura del universo. Sin el cero, las otras

cifras habrían permanecido separadas, únicamente como cifras, sin llegar a ser números. Uno era la esposa de Cero, su complemento, que no gozaba de existencia alguna en su ausencia y devenía una totalidad en cuanto él aparecía. Uno era único porque Cero lo precedía; Uno se transformaba en infinidad cuando Cero lo sucedía. Por eso, la primera letra del alefato, la que se asocia con la unidad, el *aleph*, pasa de uno a mil cuando se le retira una letra. En árabe, «mil» se dice *alph*, mientras que *aleph*, primera letra del alefato, es «uno». Uno era amarillo, como el oro, y su olor fuerte como el de la resina. Así, Cero era el padre y Uno la madre; juntos tenían ocho hijos. Cinco, el más astuto, era una serpiente, y era de color verde. Expresaba la fuente, pues la mano, con sus cinco dedos, constituye el origen de todo, y cuando uno acaba de contar sus dedos no sabe hacer otra cosa que volver a empezar. Cinco siempre protegía, en forma de una mano que uno oponía al ojo.

Las cifras, que hacían compañía a Motty desde la infancia, poblaban sus largas horas de reflexión solitaria. Se emocionaba con sus combinaciones, se regocijaba con sus alianzas, trataba de mediar en sus conflictos y evitar sus rupturas. Era mucho más que una pasión, una suerte de obsesión. Cuanto concernía a las cifras era provincia de su reino; reinaba en secreto sobre un pueblo de números. Así, era capaz de retener listas infinitas tras haberlas oído una sola vez, o de realizar mentalmente las operaciones más complejas, con mayor rapidez que cualquier máquina. Había utilizado durante largo tiempo sus capacidades para divertir a la familia; tras su boda, había llegado la hora de sacarles partido. Se convirtió en el contable de los artesanos judíos del zoco de los orfebres. En cuestión de pocas semanas retuvo las cifras de negocios de cada una de las cien tiendas que fabricaban los anillos y las pulseras de oro de las mujeres, las decoraciones de plata de los rollos de la Torá y los amuletos de bronce que alejaban la mirada torva de los enemigos. Decían que la cabeza de Motty era una pirámide; en sus paredes estaban grabadas las cuentas de los orfebres del zoco, a modo de cartuchos, para toda la eternidad. Todas las mañanas Esther lo conducía a los puestos, y él pasaba de uno a otro, hablando de las ventas y las compras,

de los beneficios y las pérdidas. Y acababa dándoles una cifra. Los comerciantes seguían anotando las entradas y salidas en sus libros, pero casi nunca las consultaban ya, tan fiable era la memoria de Motty. Oh, no estaba bien pagado; de hecho, jamás exigía dinero. Cuando llegaba el fin de semana, el viernes a la hora de la comida, tras haber conducido a Motty a la sinagoga, Esther se adentraba en el Jan el Jalil hasta la galería de los joyeros. Entraba en cada tienda y se sentaba un momento, a la espera de la escasa retribución por el trabajo de su marido. La vida proseguía su curso, el oro cincelado por las manos de los orfebres partía para engalanar a una rica prometida, algunas piastras iban a parar a manos de Esther, apretadas en su pañuelo, y la memoria de los intercambios quedaba registrada en la mente de Motty.

Ya la primera noche que compartieron el mismo lecho, Esther amó a Motty, el misterioso. En la oscuridad, ambos igualmente ciegos, se recorrían con los dedos, extraviándose en los aromas de sus cuerpos. Ya la primera noche, Motty amó a Esther, la salvaje. Hablaban poco, y se limitaban a murmurar sus nombres. Él espiraba en su cuello, ella respiraba en su boca, depositando cada uno una porción de su aliento en las fronteras del otro. Ella lo llamaba «mis ojos», ella que era los suyos. Él la llamaba «alma mía», él que era su nombre. Al despertar, ella le besaba las manos, dando gracias a Dios por haberla hecho mujer para él. Por la noche, se acostaba la primera. Él se acercaba a la cama y tomaba su rostro entre las manos mientras recitaba un pasaje del Cantar de los Cantares, y siempre terminaba pronunciando su nombre: «Esther, la reina Esther», «Esther, la divina Ishtar», «Esther, Astarté de mis noches»... Por la mañana se sentían dichosos ante un nuevo día ganado a las tinieblas. Al ponerse el sol, sus cuerpos vibraban por la idea de tenderse el uno al lado del otro.

Mientras Motty trabajaba en las cuentas de los orfebres, Esther, una vez concluidas las tareas domésticas, se instalaba en el primer escalón, a la entrada de la casa. ¿Por qué razón las mujeres se acercaban a hablarle? Sin duda eran sensibles a aquella quietud extraña que emanaba de ella desde su boda, tal vez presentían la fuerza de la tierra que precede a toda

cosa. Las mujeres aparecían con un cucurucho de pipas tostadas, de sandía o de girasol, se acomodaban a su lado y le contaban, a ella que apenas acababa de dejar atrás la infancia, sus problemas de mujeres. Mondaban las semillas con los dientes y escupían la corteza entre los labios, sin recurrir a las manos, como papagayos. Esther sonreía en su corazón, pues las mismas preguntas se repetían una y otra vez: «¿Cómo conseguir que vuelva el deseo cuando se ha desgastado con la repugnancia de los embarazos, las fricciones de la vida cotidiana, las angustias a la salida del sol?». Ella siempre respondía de manera metódica: «Ante todo, el tacto –decía–, ¡el tacto!». En árabe, el término significa, al mismo tiempo, tacto, sensación y sentimiento; la lengua sabe que quien toca es a su vez tocado, y que no es posible tocar sin amor: «Debes agarrar su paloma en la mano. Los hombres son como niños. Tuvieron una madre que los lavaba, ¿no es cierto?». Y las mujeres soltaban una risita, con la nariz en sus cacerolas de cinc, que llamaban *zingo*.

Una mañana, una vecina, mirándola con aire desafiante, replicó: «¿Acaso crees que no sé transformar el cuello del pollo en bastón, como hiciera antaño nuestro padre Mussa con las serpientes en presencia del faraón?». Todas se echaron a reír. Esther fue un poco más allá.

–¿Y también sabes echar las especias rojas en la salsa con la que riegas el arroz la noche del *sabbat*?

–¿Las especias rojas? Pero ¿a qué especias te refieres?

–¡A ver, pues a las especias rojas!

–¿Quieres decir azafrán?, ¿o cúrcuma?

–¿O quizá guindilla? –añadió otra.

Y una de ellas, comprendiendo las medias palabras: «¡No! Se trata de la especia que mana de las mujeres cuando la luna está llena, ¿a que sí?». Y una tercera, la de más edad, expresando su repulsión: «¡Puaj! Dejad de hablar de esas guarradas...». Y ya las tenía a todas prorrumpiendo de nuevo en carcajadas. Fue entonces cuando Esther anunció su prescripción:

–El último de los cinco días debéis recoger las últimas gotas, cuando la sangre es más oscura, y exponerlas al primer sol de la mañana.

—¿En un plato?

—Pero ¿cómo podéis hablar de cosas semejantes?

—En un plato, sí, ¡por supuesto! Hay que recoger una cantidad igual a los posos que quedan en el fondo de la taza tras tomaros el café.

Se acercaron a Esther y en voz baja le pidieron que continuase:

—¿Y entonces, qué?

—Lo dejas secar hasta que la sangre quede reducida a polvo, tan fino como la cúrcuma. Basta con un día. Luego guardas ese polvo en un rincón oscuro. No debe ver la luz. ¡Y ya está!

—¿Cómo que ya está? Eso significa...

Esther dejó que suplicaran. A decir verdad, por mucho que les explicase que conocían la continuación, que bastaba con incorporar el polvo así obtenido —que llamaban, precisó, «polvo de luna»— a la salsa, todas exigían una descripción exacta. ¿Qué salsa? ¿Con qué ingredientes? ¿Había que freír antes las cebollas?

Consintió en proporcionar varios detalles suplementarios. Había que condimentar mucho la salsa, a fin de que el marido no sospechase nada. Además de cebollas, llevaba tomates, desde luego, pero también guindilla, y azafrán...

—¿Y después?

—En el momento de añadir el polvo de luna, debéis pronunciar la frase...

—¿La frase? ¿Qué frase, querida amiga?

Ella permaneció en silencio. De manera que las mujeres se acercaron a Esther, quien finalmente soltó en voz baja:

—La frase de la Torá: «Eres para mí un esposo de sangre...».

Luego la repitió en hebreo. Entonces reinó un silencio respetuoso, un silencio de muerte... Una mujer que citaba la Torá o bien era un hombre o bien era una bruja.

¡Por supuesto que las mujeres pusieron en práctica la receta de Esther! El viernes prepararon el plato sin ayuda de nadie, a escondidas de las hijas y de las suegras. Acto seguido se fueron al *hammam*, donde pasaron más tiempo de lo habitual. Se hicieron depilar largo rato con caramelo, se restregaron la piel con la

áspera esponja vegetal, la *lifa*, se alisaron el cabello con alheña, y finalmente se perfumaron hasta los rincones más íntimos de la piel con vapores de mirra, olíbano y palo de aloe. Cuando oyeron la llamada del muecín a la oración musulmana de la tarde, ya se habían puesto el vestido azul y habían incensado su casa. Cuentan que esa noche las serpientes irguieron con orgullo la cabeza bajo las galabiyas de los maridos. La experiencia, repetida en varias ocasiones, le valió a Esther una sólida reputación de hechicera. No tardaron en ser numerosas las mujeres que, a la hora en que se animan los lagartos, acudían a charlar en los escalones de su casa. Le consultaban los problemas más inquietantes. Su prima Tayeba, que había traído al mundo a cinco niñas, temía un nuevo embarazo. Si de nuevo era una niña, a todas luces su marido la repudiaría.

—¡Desde luego que no! —exclamó una—, jamás se atrevería. Teme demasiado a su tío...

De hecho, su tío era al mismo tiempo su suegro.

—Ya lo creo que lo hará —replicó la otra—, ¿acaso no ves cómo ha echado el ojo a la pequeña Narguess? Me ha contado que en varias ocasiones ha intentado arrinconarla en el pasillo que lleva a la cocina. En el pasillo, ¿te das cuenta? Ante las propias narices de su mujer. Salta a la vista que está pensando en volver a casarse.

Entonces, volviéndose hacia Esther, su tía más joven, Tofaha, la crédula, le preguntó si podría hacer que el vientre de Tayeba acogiese un varón. ¡Menuda pregunta! Las demás parecieron escandalizadas. ¿Cómo iba a hacer eso? Si al menos hubiera solicitado semejante prodigio a hombres de Dios, como los que se cruzaban a veces por la calle el día de Yom Kipur, que se pasaban el día y la noche rezando entre lamentaciones... Tal vez a tales hombres Dios pudiese concederles un favor especial. Pero a unas mujeres que solo conocían de la religión los residuos que rezumaban de las viejas piedras y cuyos actos, de creer al rabino Murad, no eran sino idolatría y favores a los Baales... «¡Eso es *haram!*», dijo la primera, que significa pecado, prohibido... «*Haram*, absolutamente *haram*», encareció la otra. Momento en que Tofaha zanjó

la cuestión: «Precisamente porque es *haram* puede funcionar, ¿no?».

Ya no sabían si había que reírse o bien sentir miedo. Entonces, las mujeres se acercaron a Esther. Ella se echó la cabellera hacia atrás e inspiró hondo. Emanaba de su persona una sensación de fuerza física. Para imponer el sexo al niño, les explicó, había que invocar la fuerza de los animales y de los muertos.

¿Los muertos? Palabras semejantes no se pronunciaban. Uno no decía «los muertos», y menos aún «la muerte», era algo que no se hacía. Y cuando se evocaba el nombre de un difunto, siempre había que añadir una protección. Decías, por ejemplo: «Mi abuelo, Soli, que Dios cuide de su alma», o incluso «Nuestro-padre-Soli-a-quien-Dios-proteja», como si desde su muerte su nombre se hubiera modificado, recompuesto, se hubiese alargado, transformado en fórmula. Se requería una suerte de demonio como Esther para soltar frases tan tremendas, que contenían a los muertos y la muerte, y por añadidura sin pestañear, sin temer la cólera de Dios. ¿Pedir ayuda a los muertos? ¿Utilizar la fuerza de los animales? Por otra parte, ¿cómo demonios lo sabía, ella que nunca había aprendido nada? Lo que ocurre es que la tierra piensa; el barrio, la *hara*, la callejuela de los judíos, piensa; los antepasados piensan, y existen almas sensibles que perciben todos esos pensamientos. Eso fue lo que pasó por la mente de Tofaha.

—No estoy segura de poder conseguirlo —añadió Esther—. Tendréis que ayudarme...

Las mujeres se quedaron aterrorizadas. Les pedía que fueran sus cómplices en brujería. Buscaron otras soluciones.

—Dicen que hay que cambiar el emplazamiento del lecho.

—¡Sí! He oído que la cabecera de la cama debe mirar a la primera estrella...

Tayeba se encogió de hombros.

—¿Crees que no lo sé? Docenas de veces, querida, pero docenas he escuchado ese cuento de la cabecera de la cama. En mi casa, la cama mira a la estrella, mi marido mira a la estrella, y yo sigo buscando el varón...

—También dicen que hay que amarse de lado...

—¡Sí! Del lado derecho si quieres un chico, del izquierdo para conseguir una chica...

—Amarse de lado..., ¡menuda tontería! Cuando te agitas en la cama —era su manera de designar el acto amoroso—, das vueltas en todas direcciones. Y además siempre acabas por levantarte, ¿no? Entonces, todo se mezcla, ¿no te parece? El calor, el frío, la sangre y la leche, todo... Eso solo son memeces.

—Yo he oído que hay que procurarse el prepucio de un niño justo después de la circuncisión...

—¡Sí! ¡Yo también lo he oído! Un niño de la familia. Lo pones en remojo en agua caliente y haces un caldo con él. No has de añadir nada, ni sal, ni especias. Y te tomas el caldo justo antes de recibir a tu marido.

Las mujeres asintieron con la cabeza a esa nueva propuesta. Aunque no supieran muy bien por qué, intuían que semejante receta debía de ser eficaz. No obstante, exigía ciertas condiciones, la primera y más importante, procurarse la materia prima.

—¿Y cómo consigo ese prepucio? —preguntó Tayeba—. ¿Acaso tengo que robarlo? ¿Tú has visto cómo rodean las abuelas al niño tras la circuncisión? Viene a ser tan fácil como robar la alfombra sagrada destinada a la tumba del Profeta el día de la ceremonia. Puede que esa manera de concebir un varón resulte eficaz, no digo que no, hija de no sé qué..., pero es imposible de realizar, más difícil todavía que procurarse el pene de un lobo o de una hiena. ¡No! La madre del niño debería entregarme el prepucio como un regalo. Y no se me ocurre nadie que pudiera acceder a hacerlo.

—Tendría demasiado miedo de que su hijo no se casara nunca...

—O de que se convirtiera en un adepto de Lot. —Se refería a un homosexual.

Entonces, las mujeres se volvieron de nuevo hacia Esther.

—Oye, Sett Blila...

Así era como las mujeres llamaban a Esther cuando querían obtener de ella un favor. Sett Blila, «Señora Gachas de

Trigo», porque, según afirmaban, su sopa de trigo con leche era la mejor del barrio.

–Sett Blila, seguro que tienes una solución...

–En efecto –respondió Esther–, pero no estoy segura del resultado. Nunca lo he hecho.

–¿Y bien? ¿Qué pasa si nunca lo has hecho? ¿Significa eso que nunca lo harás?

–¡Es verdad, venga ya! ¿Qué perdemos con probar?

Un jueves, poco antes del mediodía, a la hora en que sabían que los hombres estaban reunidos en la sinagoga para la lectura de la Torá, se dirigieron al cementerio, Esther a la cabeza, con paso decidido, seguida de su tía Tofaha y de Tayeba, la solicitante. Las acompañaba Mahmud, el traperero, que las seguía a cierta distancia. No conviene que las mujeres paseen solas a través de la ciudad. Llevaban en la cabeza grandes barreños de agua para limpiar las tumbas. Esther parecía conocer el lugar. Las otras dos murmuraron entre ellas:

–Seguro que no es la primera vez que viene al cementerio... Ya has visto que no ha vacilado una sola vez.

–Dicen que lo visita por la noche.

–¿Tú crees? Pues yo no me aventuraría sola por aquí en plena noche.

Había niños por todas partes, negros de piel y de mugre, que corrían descalzos por la arena ardiente. Había mujeres que salían de los panteones, que les servían de vivienda. Extendían la ropa y la fijaban sobre las tumbas con la ayuda de grandes piedras. El lugar se hallaba poblado tanto por vivos como por muertos. Curiosamente, nadie hablaba. Pese a la agitación, reinaba un insólito silencio.

–Aquí es –dijo Esther.

–¿Dónde?

–Donde estás tú. Es una tumba sin nombre.

–¿Se trata de la tumba de un judío, al menos?

–Por supuesto –respondió Esther–, es la del tío materno de tu abuelo, Saad el Largo. Era delgado y tieso como una caña. Se dice que murió de pie, recostado en un muro, y que permaneció allí hasta la noche. Lo creían sumido en sus ensoñaciones,

perdido en los efluvios del hachís. Y cuando finalmente comprendieron que estaba muerto y quisieron llevárselo, se dieron cuenta de que se había transformado en estatua de madera. Es verdad, estaba rígido como un hueso. He ahí a uno que murió sin vivir y cuya vida no sirvió para nada, puesto que no dejó hijos.

Las dos mujeres miraron alrededor. Percibían docenas de ojos que seguían el menor de sus movimientos. Aunque la tumba no fuera la de Saad el Largo, sin duda correspondía a un judío. En varias estelas dispuestas de soslayo se podían distinguir textos en hebreo.

—¡Hala, chicas, manos a la obra!

Empezaron a frotar la piedra cubierta de tierra y arena. Esther canturreaba en una jerigonza judeo-árabe: «Tú que mantienes en pie a los cojos, que abres las puertas de las prisiones, tú que concedes la vida y la muerte y que puedes resucitar...».

Así transcurrió una hora. Poco a poco, la piedra fue recuperando algo de su color yesoso. Vertieron el agua que quedaba en el fondo de sus barreños y permanecieron allí plantadas, inmóviles, mirando cómo se evaporaban las manchas. Tayeba pensó que había mucha más gente bajo tierra que sobre ella. Tofaha rememoró esta frase de la Biblia: «Polvo eres, y en polvo te convertirás». Estaba claro que Dios debía de conocer Egipto, ese país donde costaba separar a los hombres del polvo. Entretanto, Esther miraba fijamente un agujero debajo de la piedra. Lo señaló con el dedo.

—¡Ahí! —exclamó—. ¡Ahí! Se le ve la lengua.

Las otras dos hicieron amago de acercarse, pero ella las contuvo.

—¡No! Esperad... Vais a asustarla.

En efecto, asomando del agujero se distinguía una lengua, ágil y larga, tal vez la de una serpiente, que avanzaba a sacudidas, como para degustar el lugar antes de aventurarse por él.

—¡Tengo miedo! —dijo Tayeba.

Sin embargo, Tofaha no pudo evitar bromear.

—¿De qué tienes miedo? También el niño sale de un agujero, ¿no es cierto?

—Y también él viene de entre los muertos —añadió Esther con gravedad—. Por eso le ponemos el nombre de un antepasado.

En ese momento vieron aparecer una cabeza, una gran cabeza con casco, de la anchura de un puño.

—¡Es un guerrero! —exclamó Esther, que agarró el barreño.

Atraído por el agua, el camaleón asomó lentamente, paso a paso. Tenía exactamente el tono de la piedra, incluido el jaspeado y las manchas. Sus ojos, montados sobre torretas como los cañones de un carro de asalto, exploraban los cuatro puntos cardinales.

—Tu hijo será un guerrero. No cabe la menor duda.

Hay que tener en cuenta que «guerrero» es el nombre del camaleón en árabe, y el que salía de la tumba lo era, con su casco mucho mayor que la cabeza. Cuando llegó al centro de la piedra, Esther se abalanzó sobre él y lo cubrió con el barreño. Tofaha la ayudó a envolver a su presa en un paño, y las tres volvieron sobre sus pasos para dirigirse al Muski. Por el camino se sentían contentas de haber superado su miedo a los muertos y a las serpientes. Cantaban una especie de balada, una historia de amor, y el camaleón daba saltitos en el barreño, como un feto en el vientre de su madre. Esa misma noche Esther entregó el extremo del rabo a Tayeba y le aconsejó que se lo comiera crudo. A ninguna de las dos mujeres le sorprendió la prescripción, únicamente se preguntaban cómo se las había arreglado Esther para matar al camaleón. ¿Lo habría degollado como se hace con un cordero, o decapitado como con una paloma?

—Dentro de un mes te quedarás embarazada —dijo a Tayeba—, y será un chico. Recuérdalo, tienes que llamarlo Saad, como el tío de tu abuelo.

Más adelante las dos mujeres interrogaron a Esther en varias ocasiones, querían saber qué había hecho con los restos del camaleón. Ella siempre respondía con la misma fórmula: «El camaleón es como una mujer. Caza con la lengua. ¡Haríais mejor en morderos la vuestra!».

Esther era la más joven de las que se reunían en los escalones de la callejuela conocida como «del jueves», es decir, Haret el Yahud. Las otras le profesaban cierto aprecio, la criticaban

mucho en su ausencia y también la temían en su corazón. Cabe decir que el mismo año que conoció el embarazo de Tayeba se produjo un acontecimiento extraño, un acontecimiento que agudizó su miedo. Un viernes, Esther regresaba de su visita al zoco de los orfebres ciñéndose con fuerza la falda. Con la cabellera al viento, corría como un galgo. Cuando llegó a su barrio, se dio de bruces con Adina, la segunda de sus tías.

—¿Adónde vas corriendo de ese modo? ¿Acaso te has cruzado con un satán en pleno mediodía?

Entonces Esther tuvo la ingenuidad de contar a su tía que el viejo Amine Lichaa le había dado una libra —¡sí, cien piastras!— por el trabajo de Motty. Era esa moneda lo que apretaba de aquel modo en el hueco del vestido.

—¿Una libra? No me digas... Con lo avaro que es. Pero ¿qué mosca le ha picado?

Esther se encogió de hombros y prorrumpió en carcajadas.

—Y pensar que es un caraíta —se mofó su tía—, que pretende ser judío y se quita los zapatos para prosternarse como un musulmán, ¡menuda vergüenza! ¿No le habrás concedido algún otro favor?

Adina, que tenía una mente retorcida, imaginaba que su sobrina se había dejado pellizcar las nalgas o incluso acariciar el pecho por el viejo roñoso. Esther ni siquiera comprendió la alusión, ignoraba la sexualidad, solo conocía el amor; ignoraba el deseo, solo conocía la llamada de Dios en los pequeños valles de su cuerpo.

—¡Dame ese dinero! —exigió su tía—. Yo te lo guardaré. ¿Qué ibas a hacer tú con esa suma tan grande?

¿Y por qué habría de dárselo? A lo largo de todo el camino, Esther había imaginado la tela de algodón sedoso que iría a comprar al mercado para confeccionarle una nueva galabiya a Motty. Tal vez hasta le quedara suficiente para un *tarbush*, un fez; su viejo gorro estaba roído por las polillas. Se encogió de hombros por segunda vez y se metió en el entresuelo.

Durante la velada del *sabbat* y al día siguiente, canturreaba a solas, muy alegre. Incluso accedió a entrar en la sinagoga y permanecer con calma en el espacio reservado a las mujeres.

No tuvo desvanecimientos, no hizo seña alguna a los hombres, no charló con su vecina, no bostezó ni se echó a reír. Sin embargo, al día siguiente, domingo (que llamaban el «primer día»), cuando volvió del zoco de los orfebres tras haber acompañado a su marido, el dinero había desaparecido. Lanzó un grito y cayó al suelo redonda. Desde su boda, era la primera vez que sus diablos se manifestaban, y fue más fuerte todavía que la ocasión anterior, cuando tuvo la primera menstruación. Rodaba por el suelo entre alaridos, se debatía, volvía a ponerse de pie con los ojos en blanco y caía de nuevo profiriendo el mismo grito. Un grito profundo, surgido de las entrañas, el de un animal salvaje. La vieja Massuda, la mujer del tío Élie, salió de la casa gritando: «¡Ayudadme!». E insistió: «¡A mí! ¡A mí!». Las demás mujeres acudieron corriendo. Pero ¿qué podían hacer, salvo asistir impotentes a la crisis de Esther?

—Que la desgracia caiga sobre mí... ¡Que me muera ahora mismo! —chillaba Massuda, claramente conmocionada—. Yo no he hecho nada. Ni siquiera le he hablado. Estaba en la cocina. Ha entrado en su habitación y he oído un grito. Y cuando he llegado, se retorció por el suelo como si se peleara con un diablo.

—La pobre niña —se lamentó la tía Adina—. Estoy segura de que es por culpa de ese joyero caraíta, el tal Lichaa, ese hijo de perra.

—¡Perro, hijo de perra! —añadió otra escupiendo en el suelo.

Las mujeres se estaban planteando ir en busca del rabino Murad, pero la crisis solo duró unos minutos. Esther se levantó, se arregló el vestido con gesto maquinal y se desenredó el cabello con los dedos. Su tía Maleka le tendió un vaso de agua. Se lo bebió de un trago. Acto seguido se pegó contra el muro de la casa dando la espalda a la pequeña reunión. ¿Por qué hacía eso?

—¡Esther! —llamó la vieja Massuda—. ¡Esther!

No reaccionaba; parecía rezar. No obstante, todas sabían que desconocía las oraciones y que en la sinagoga ni siquiera simulaba moviendo los labios como las demás mujeres. De pronto, golpeó la pared con la mano plana diciendo:

—¡Está escrito en este muro! ¡Lo que hoy estaba oculto en la noche, aparecerá mañana con el sol!

Se volvió, con los ojos desorbitados e inyectados en sangre. Miró de hito en hito a las mujeres una tras otra, demostrándose en cada una. El ambiente era tan tenso que los niños interrumpieron sus juegos. Las matronas, en semicírculo, la observaban boquiabiertas. Entonces, dando media vuelta, se metió en el entresuelo para preparar la comida. Poco a poco, la vida reanudó su curso. Fue la tía Maleka quien quebró el silencio.

—Siempre ha sido así la pobre. —Y precisó—: Vibrante.

—¿Vibrante? —se sorprendió Adina—. Más bien habitada.

—¡Sí, sí, habitada! —encareció Tofaha—, e incluso penetrada por un *guenn* que se sirve de ella como de un ropaje.

—¡No digas eso! —suplicó Massuda—. Que Dios nos proteja. ¡Que se haga según su ley!

El relato de los acontecimientos no tardó en circular por la pequeña comunidad. Se supo que Esther había caído tras haber constatado la desaparición del dinero que le había entregado Lichaa, el joyero. Alguien había robado las cien piastras escondidas bajo el colchón. Tal era la explicación de su crisis. Sin embargo, era imposible, en la callejuela no podía haber ladrones. Los judíos vivían tan apiñados unos con otros que conocían el contenido del bolsillo del vecino mejor que el del suyo propio. ¡No! Solo podía tratarse de una artimaña de los espíritus, de los *afrit*. Se sabía que eran unos guasones. A veces cambiaban el emplazamiento de los objetos. Los buscabas y, cuando acababas por resignarte, por aceptar que se habían perdido, reaparecían en otra parte, en un sitio inesperado. Uno refería la desaparición de un zapato, otro la de una cafetera. «El dinero reaparecerá aquí o allá, ¡no os preocupéis!» Sin embargo, una libra, cien piastras... Jamás habían visto nada semejante; nunca se había oído que a los espíritus les interesaran las monedas, el dinero moderno, es decir, las monedas de curso legal.

A la mañana siguiente, la tía Adina no pudo levantarse de la cama. Estaba cubierta de granos de los pies a la cabeza.

Llamaron a su madre, la vieja Helwa, a la que todos conocen como Ommi, que significa «mi madre». Era la abuela de Esther. Debía de tener al menos ochenta años y sabía mucho de remedios. Cuando vio los granos, exclamó:

—¡Qué desgracia! No puede ser el sarampión, lo pilló cuando era muy pequeña. Incluso estuvo a punto de morir.

Solo en el rostro tenía más de veinte granos. Massuda fue la primera en reparar en su forma.

—¡Mirad! ¡Qué desgracia! ¡Mirad!

—Pero ¿qué pasa? —preguntó Maleka.

—¿No os habéis dado cuenta?

—¿Hablarás de una vez? ¿Qué es lo que hay que mirar?

—Los granos...

—Vale, ¿qué? ¿Qué pasa con los granos?

—¡Mirad! Son piastras.

Las mujeres se acercaron y observaron con atención. En efecto, los granos tenían aspecto de monedas, perfectamente circulares y con una especie de motivo en relieve, pero los del rostro eran demasiado pequeños. Cuando examinaron las piernas de Adina, descubrieron una rojez del tamaño de una moneda, y esta vez se distinguía, claramente, el relieve del perfil del rey. Le pidieron que se diera la vuelta. En la parte inferior de la espalda, en otra rojez de tamaño similar, se veía en el centro la cifra uno. ¡Una piastra! ¿Las cien piastras que la tía Adina había robado a Esther reaparecidas en forma de granos en su cuerpo? Los contaron. En efecto, había cien, ¡exactamente cien! La primera mujer lanzó un grito, la segunda lanzó otro grito y Massuda perdió el conocimiento.

Las tías fueron las primeras en comprender que no era posible hacer daño a Esther, que estaba protegida (ellas decían «envuelta»). Es más, el daño volvía al agresor, a modo de espejo, atacándolo y denunciándolo al mismo tiempo. Adina se convenció de que se curaría si restituía el dinero, cosa que se apresuró a hacer. No obstante, la erupción se prolongó más de tres semanas, casi un mes entero. Y durante ese tiempo, la historia circuló por el barrio. La contaban a los niños, la contaban a los empleados, incluso la contaban a los árabes. Muchos intentaron

introducirse en la habitación de Adina para ver aquellas monedas que se habían inscrito en su cuerpo. Creían que podían enriquecerte solo con tocarlas. Sin embargo, la familia montaba guardia. Lo lógico habría sido que Esther obtuviera prestigio e influencia. Pero fue más bien al revés. Algunas mujeres se distanciaron, y rehuían encontrarse con ella a solas; otras desconfiaban, y evitaban cualquier palabra que pudiera ofenderla. En ambos casos, las relaciones se fueron enfriando y Esther recuperó poco a poco el papel de paria de su infancia.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Motty una noche—. Te noto pesadosa. Se diría que la alegría ha abandonado tu pecho. ¿Se debe a las preocupaciones del día o bien a las de la noche?

Le acariciaba las manos, se las acercaba al rostro. Esther no pudo reprimir un sollozo.

—¿Lloras, pequeña mía?

A Motty el ciego se le podían ocultar muchas cosas, pero sin duda no las emociones.

—No es nada, «querido tío»...

Rara vez utilizaba esa palabra hebrea, que significa a la vez «querido tío» y «querido mío», únicamente cuando todo su ser iba hacia él para llamarlo.

—Tu alegría me da fuerzas —prosiguió Motty—; en cambio, tu tristeza borra la existencia del mundo.

—Tayeba está embarazada —se limitó a decir Esther—, y eso que la creían destinada a envejecer rodeada de guijarros, abandonada por su marido y por Dios. Será un chico; lo llamará Saad. Porque, según dice, la llegada a su vientre la ha colmado de dicha. —Saad es «feliz» en árabe.

Motty no respondió. Mantenía las manos de Esther entre las suyas. ¿Acaso sabía que era ella quien había sacado al pequeño Saad del mundo de los antepasados, quien había sabido domesticarlo, convencerlo para que abandonase el aire enrarecido de las tumbas y fuera a reunirse con la familia en Haret el Yahud, la callejuela de los judíos, situada en el barrio viejo de El Cairo? Seguro que no, pero lo que sí sabía era lo que las mujeres contaban sobre la pareja que formaban. Hasta entonces no había prestado demasiada atención. Con fre-

cuencia se repetía esta frase del Talmud que le había enseñado el tío Élie: «Dios derramó diez medidas de palabras sobre el mundo. Las mujeres se quedaron con nueve y los hombres con una sola». Por lo tanto, había que dejarlas hablar, escucharlas desde lejos, como el canto de las aves. Ahora bien, algunas palabras se clavaban en el corazón como puñales. De esas no había que mantenerse apartado, sino, por el contrario, afrontarlas, anular su efecto e incluso replicar. Las mujeres contaban que Esther era una bruja; y esa era la razón de que no tuviera hijos. Su verdadero marido, añadían en ocasiones, no era Motty el de los ojos muertos, sino un *afrit*, un demonio con cuatro ojos, dos delante y dos detrás. Era cierto que llevaban siete años casados y el vientre de su mujer jamás se había redondeado.

Al principio lo atribuyeron a la juventud de Esther, que apenas contaba catorce años. Una niña no puede tener hijos. Sin embargo, cuando cumplió los diecisiete y sus senos parecían dos granadas en sazón, el niño siguió sin llegar. Y cuando a los diecinueve su cuerpo se volvió firme y su aroma adquirió la intensidad del jazmín, a Motty le dio por pensar que él era el niño que Esther jamás concebiría. El tiempo había seguido fluyendo como el agua del Nilo bajo el puente El Guezira. Ahora tenía veintiún años y algunas mujeres pronunciaban palabras terribles. Decían que Esther devoraba a los niños en su vientre. Añadían que eso era lo que le confería aquella fuerza extraña que le permitía invertir el destino.

—Mañana iré a ver a Murad, el rabino, y le pediré un remedio —dijo Motty.

—¿Un remedio? —exclamó Esther—. No estoy enferma, ni tú tampoco.

—Iré a pedirle que interceda ante Dios para que tengamos un hijo.

En compañía de su tío Élie, Motty se dirigió a la sinagoga para consultar al rabino. No se atrevieron a hablar, pero Murad sabía que algo les pesaba en el corazón. Los tres deambularon a través de las callejuelas conversando. Los niños los seguían haciéndoles preguntas. Finalmente, se aventuraron

fuera del gueto. Cruzaron las puertas del Muski y se adentraron en la ciudad. Caminaron largo rato, los dos que gozaban de visión flanqueando al que miraba con el corazón. Cuando llegaron al río, se acomodaron en el suelo, en la ribera. Seguían sin haber abordado la cuestión. Un tanto incómodo, el rabino iba describiendo lo que veía. Dijo a Motty:

—¿Oyes cómo la brisa hace temblar las hojas? Arrastra a las falúas, que navegan a la velocidad de las aves.

—¡Sí, lo sé! —respondió Motty—. Puedo ver el viento, puedo ver los olores y el tiempo que pasa. Todo eso puedo verlo.

Élie hizo muecas al rabino para aconsejarle que no prestara atención a las palabras de su sobrino. En Haret el Yahud, la gente respondía a la tristeza redoblando las chanzas. Para desviar la atención, dijo:

—Ve de noche como los gatos, y las mujeres le tiran de la cola.

—¿Cómo pretendéis que un día Dios nos envíe al Mesías si habláis como carreteros? —replicó Murad fingiendo mostrarse severo.

Al cabo de varias horas, tras haber agotado los chistes, que sin embargo los tres conocían, y desplegado todas las groserías que contenía su lengua, un árabe trufado de expresiones en hebreo y palabras de otras muchas lenguas, Élie acabó por revelar el objeto de su visita. Su sobrino llevaba siete años casado con la hermosa Esther de vientre de fuego, pero ningún niño había llegado, ni siquiera insinuado su llegada. No obstante, la pareja respetaba el *sabbat* y las reglas de pureza y, como el rabino sabía muy bien, Motty era siempre el primero en acudir a los oficios. Y aunque formaban parte de los más pobres del barrio, nunca dejaban de contribuir con una moneda. Es sabido que Dios obra de tal suerte que siempre haya alguien más pobre que tú, a fin de que todos puedan dar limosna, lo cual constituye una obligación. De manera que, si el niño no llegaba, sin duda era porque Dios albergaba algún designio. Sabían, por supuesto, que nuestro padre Abraham no tuvo el primer hijo de su esposa Sara hasta la edad de cien años, y Motty apenas contaba treinta y cinco. De manera que

no se quejaban. Sin embargo, no podían por menos que hacerse preguntas...Y no eran lo bastante sabios para descifrar el enigma que se les planteaba. Por eso habían decidido preguntar al *rav* Murad. Él sabría indicarles lo que convenía hacer para guiar al niño de aquella pareja hasta su hogar.

Murad reflexionó largo rato.

—Sabemos que conoces algunas plegarias susceptibles de expulsar a los demonios —añadió Élie—. Sin duda conoces otras para guiar a las almas en su camino hacia nosotros.

—Aguardad —replicó el rabino—, ¡aguardad! Debemos plantear el problema hasta en los menores detalles. En primer lugar, ¿Motty conoce el uso de su esposa?

—¿El uso de su esposa? —se sorprendió Élie—. ¿Y eso qué significa? ¿Acaso una esposa es como esos automóviles que se ven en ocasiones en la calle que bordea el Nilo, del lado de las islas, por esa parte? Ciertamente, si es así, ni Motty ni siquiera yo, que sin embargo soy su tío, conocemos el uso del automóvil.

—El uso de su mujer... —prosiguió el rabino—, el uso de su mujer... quiere decir... Escucha, Motty, ya que estamos entre hombres, te hablaré como a un hombre. Mira, no se trata solo de penetrar a tu mujer con tu palomo...

—Pero ¿qué estás diciendo, *rav* Murad? —se enfadó Élie—. No hablas como un erudito. Puede que abuses del *zibib*, del anisete o qué sé yo. Acabamos de pedirte una plegaria y nos hablas de palomos.

—¡Escuchad! Haced el favor de escucharme, especie de asnos... Dios os ha dado tres maneras de entender las cosas: a través del pensamiento, del sentimiento y de la razón. Os propongo que uséis el raciocinio. A ver, si uno quiere saber por qué una máquina no funciona, ante todo se preguntará si sabe hacerla funcionar.

—¿Lo que significa...?

—De manera que ahora me dirijo a ti. Motty, mi príncipe, mi pachá, por favor, respóndeme. Te decía que no se trata solo de meter tu palomo en lo más secreto de tu mujer, también hay que moverse, ¿lo sabías?

¡Aquello era demasiado! Tal vez deberían haber comprobado si aquel rabino que siempre apelaba a la razón disponía de ella en sus propias alforjas. Motty sabía muy bien que había que moverse. Era ciego, no retrasado. Es más, cuando se movía, Esther también lo hacía, y siempre se asombraba al comprobar hasta qué punto iban al unísono, cómo el movimiento de uno se sincronizaba con el del otro. Se encogió de hombros y se alejó solo apretando el paso. Élie lo persiguió cojeando. Y Murad se quedó allí, en la ribera, con los brazos colgando...

Esa noche, todo el mundo estaba al corriente de la pregunta que había hecho a Motty. Y la polémica quedó servida. «Dicen que es con su marido *afrit* con quien Esther tiene hijos —afirmó Dudú, el marido de Adina—. Y ese tonto que está ciego no se da cuenta de nada.» Y Élie replicó: «Motty es un *hajam*, un sabio, uno de verdad. Está ciego y puede ver. Ve mejor el revés de las cosas que vosotros el derecho». Sin embargo, Dudú insistió: «Motty debería conceder el *get* a su mujer, abandonarla. No tener hijos es prueba de adulterio». ¿El *get*? ¡Sí que iban fuertes! Por favor, no somos faraones para repudiar a una esposa a la que amamos porque no nos ha dado descendencia. De hecho, Murad no conseguía calmar a los hombres que llenaban la callejuela con sus vozarrones. Refugiado en su casa, Motty estaba sentado en el suelo, de cara a la pared. Esther se ocupaba como podía, sin atreverse a interrumpir lo que tomaba por una meditación.

Como ya no aguantaba más, se arrodilló ante él y le besó las manos.

—Motty, oh, ojos míos, oh, alma mía...

Él no respondió.

—¿Por qué darle tanta importancia? Los hombres hablan. ¿Y qué? ¿Sabemos siempre por qué los perros ladran? La mayor parte del tiempo ni siquiera ellos mismos lo saben.

Él acabó por soltar estas palabras, que quedaron grabadas en el corazón de Esther:

—Hermana mía, mi dulzura, ¿qué hemos hecho para que nos sobrevenga tamaña desgracia, la de dar a luz la nada?

¿Quiénes somos, pues, para haber recibido la vida y no saber darla a nuestra vez?

Esther se quedó conmocionada ante aquella voz lastimera, apenas murmurada, que jamás le había oído, como si los sufrimientos por los que había pasado durante toda su vida, sus humillaciones de ciego, las piedras que le arrojaban los niños árabes cuando caminaba solo por la ciudad, las burlas de los malvados y los cobardes, se expresaran finalmente en un dolor lacerante, brutal, total... Se le encogió el corazón, pero no lloró. Por el contrario, se crispó, muy decidida. No le arrebatarían a su Motty. Era su vida, su alma y su nombre. Se juró que encontraría los medios para tener un hijo puesto que era lo que él deseaba, lo que toda la familia esperaba. Para ello, haría cuanto fuera necesario; incluso acudiría desnuda a la sinagoga, tal como hizo Hanna, la madre del profeta Samuel, desesperada ante su esterilidad.

La ocasión de hacer algo –más tarde sus tías dirían que una tontería– se le presentó al sábado siguiente. Acompañó a Motty a la sinagoga, pero no entró. Se quedó fuera, plantada contra el muro. A través de las ventanas abiertas oía la voz de tenor de su marido, que iniciaba cada estrofa del salmo. Cuando Motty cantaba, se podía saber a kilómetros de distancia, puesto que los milanos acudían por docenas a posarse en la cúpula del edificio. Algunos creían que no se trataba de aves, sino de almas, las de las generaciones de judíos de Egipto enterrados en Bassatine, que venían a reclamar su regreso a Jerusalén. De manera que, cuando levantaban la vista al cielo y veían a los milanos descender planeando armoniosamente por encima del Muski, la gente decía: «Hoy, Mordechai Zohar se ha levantado para cantar».

Esther se mantenía a la sombra, con la cabeza gacha, abismada en sus melancólicos pensamientos. Pasó una pobre mujer árabe, cubierta, pese al calor, con varias capas de tela sucia y con la cabeza envuelta en un gran pañuelo. La mujer se acercó tendiendo la mano. Iba acompañada de un joven de unos veinte años, descalzo, vestido con una galabiya rasgada y tocado con un curioso gorrito abigarrado; su hijo, sin duda. Parecía un poco corto; de la boca abierta le caía un hilillo de baba.

—Pobre... ¿No habla? —preguntó Esther.

—No con los hijos de Adán —respondió la mujer—, pero tiene un vivo ingenio, y no te fíes, su mano es ágil. No vengas a quejarte de que te ha robado. Tiene hambre.

—No tengo nada. Ya sabes que el día del *sabbat* los judíos jamás llevamos dinero encima. Pero voy a darle el pan de habas que he preparado para mi marido.

Esther se lo ofreció al muchacho. Este se apoderó con delicadeza del paquete envuelto en una hoja de periódico, lo olfateó y se acarició el rostro con él.

—¡Puedes! —le dijo su madre—. ¡Cógelo!

Los ojos del joven brillaron de alegría, dos grandes ojos claros, perfilados de negro como los de una gacela. Se comió el pan. La mujer cogió las manos de Esther.

—¡Que Dios bendiga tus manos, hermana! El pan es la carne de las plantas, y las habas que has entregado a mi hijo serán otros tantos hijos que Dios te concederá.

—¡Ay! —se quejó Esther—. Hace siete años que conocí a mi esposo y mi vientre sigue triste hasta el día de hoy.

—¡Oh, pobrecita! —respondió la mujer—. ¿Tienes idea de cómo me llaman?

—Dime tu nombre, y que tu día sea de luz.

—Sett Ualida, «Señora Mamá», así es como me llaman, porque me basta con mirar a la búfala y todavía no le he vuelto la espalda cuando ya queda preñada. Conozco las plantas, las piedras y las palabras que propician la llegada de los hijos; también conozco los gestos que provocan su partida. Por eso me llaman «Señora Mamá», porque rijo la llegada de los hijos, cuando son deseados, y también su partida, cuando su propósito es impedir la vida. La gente me teme y pronuncia pérfidas palabras sobre mí. No hay que prestarles atención. Me acusan de ser una hechicera. ¡No los creas! Libero los vientres y también sé desatar los cordones de las bolsas de los maridos. ¡Mira!

La mujer se levantó el bajo del vestido, exhibiendo los muslos ante la mirada pasmada de Esther.

—De todos los hijos que han pasado por este vientre, solo me queda este...

Dejó caer de nuevo la falda y dio un tirón de orejas al muchacho, que hizo una mueca.

—Cuando paso cerca de Bab Zuweila, el barrio que me vio nacer, las madres dicen a sus hijos: «Ahí va la Babula que se os llevará para devoraros». Al verme, los niños corren a esconderse. Ya ves lo injustas que son, yo que soy la reina de los niños, que les entrego su alma —el término árabe significa asimismo «el deseo»— y la hago partir.

Esther observó más atentamente a la mujer. Era alta como un hombre, con la piel oscura de las gentes del sur. De su rostro emanaba cierta dulzura. La joven confió en su palabra. Pensó: «Dios ha atendido mis súplicas. No quiere que un alma pura como la de Motty se suma en la tristeza».

—¿Puedes hacer algo por mí? —le preguntó.

El trato no tardó en quedar cerrado. Esther se encontraría con ella en su propio mundo. Sett Ualida vivía en la calle, dormía bajo los soportales y se pasaba los días deambulando por la ciudad vieja.

—Me encontrarás ante el taller de un fabricante de colchones. Los artesanos me dan de vez en cuando un trozo de pan; en ocasiones los ayudo a limpiar el algodón.

Esther debería llevar su vestido y su manto, así como el pañuelo de la cabeza. La mujer le prometió que no pasaría un año antes de que un hijo varón descansara contra sus senos. Ante esas palabras, el joven apoyó el rostro en el pecho de su madre. La mujer miró alrededor. La callejuela se hallaba vacía. Todos los judíos estaban rezando en el interior de la sinagoga y los árabes evitaban pasar por allí el día del *sabbat*. Con un solo gesto, se sacó un pecho. Era grande y firme, con la aréola casi negra y el pezón prominente. El muchacho posó delicadamente los labios en él. Después empezó a chuparlo cerrando los ojos. En la sinagoga iniciaban la lectura del Cantar de los Cantares. Era el pasaje: «Tus pechos son como dos cervatillos, los gemelos de una gacela que pacen entre los lirios...».

—¡Date prisa, idiota! —le dijo su madre, acompañando su recomendación con una leve palmada en la cabeza.

Esther contemplaba desconcertada la escena, que no trataba de entender. Después de todo, cuando el borriquillo mama de su madre, está de pie y vigoroso como lo estaba aquel joven.

Al cabo de unos minutos, la mujer rechazó a su hijo y se guardó el pecho.

—Dios da a todo el mundo —dijo—. Bienaventurados los que aceptan sus presentes. Yo puedo garantizarle el paraíso cinco veces al día, dado que él no sabe rezar.

Se alejó cojeando ligeramente, apoyada en el brazo del muchacho, dejando un rastro de intenso aroma a almizcle.

—¡Que tu día sea para bien! —le soltó Esther.

Sin volverse, la mujer respondió:

—¡Que nuestro padre te guarde, oh, hermana mía!

Los niños empezaban ya a salir de la sinagoga.